



LA BICI LENTA Y LA CARRERA

Reflexiones sobre la Cuaresma

Pienso que en Cuaresma se entre así. Cargados de pesos y en una bicicleta lenta. Los pesos son las cargas acumuladas en un año: cansancio espiritual, cansancio físico, pero sobre todo mucho miedo. ¿Cuál? Bueno, cada uno tiene los suyos. De perder el trabajo, por ejemplo. De no ser buenos padres. De no ser religiosos fervientes.

Yo no sé si el mundo se divide en buenos y malos, pero ciertamente, por la noche, todos estamos en el mismo círculo: de hecho, el del miedo.

De toda la carga que nos ha caído encima al salir del Edén, el miedo es el peso más difícil de llevar, el más inhumano, porque el hombre no está hecho para temblar o para temer.

El diablo, el que divide, tiene como terremotado el continente de la Esperanza, haciéndonos creer que Dios está siempre de la otra parte de donde nos encontramos nosotros. Solo basta descubrir, con los ojos de la Pascua, que el continente de la Esperanza es sólido y Dios nunca está de la otra parte de la que estamos nosotros.

¿Dios sabe que tenemos miedo? Sí, y lo dice el hecho de que todos los encuentros de lo divino con lo humano tienen lugar a la insignia de estas palabras: no temas. «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios». «No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada». «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa». «Soy yo, ¡no teman!». «¿Por qué tienen miedo? ¿No tienen fe?». « ¡Ánimo, soy yo, no teman!».

«Ánimo» y «No teman». Son las únicas palabras que pueden abrir el corazón aparentemente distraído de esta época rumorosa, pero en cambio grávida de la búsqueda de Dios. Lo sabía bien Juan Pablo II que, con su «No tengan miedo», se sintonizó inmediatamente con el mundo, enseñando la vacuna contra toda desesperación.

Siendo niños, ayudados por los catequistas, entrábamos en Cuaresma llenos de buenos propósitos. ¿Y de grandes? Entramos como niños sin catequistas, sin palabras y sin propósitos.

Entramos en una bici lenta, pero podemos salir como Juan al encuentro en el sepulcro. Corriendo. La Pascua nos transforma. Pero ¿Cuándo? ¿En qué momento? ¿Cuando dejamos la bici para iniciar la carrera? ¿Cuándo caemos al suelo con las cargas opresivas para quedar libres y sin pesos? ¿De qué modo se realiza el milagro de la liberación? En Emaús ocurre en un momento preciso: la fracción del Pan. Tengo que encontrar aquel instante exacto en mi vida y en mi Cuaresma, para iniciar la carrera.

Rosario Carello